

La Política de Seguridad y Defensa de la Unión Europea

Antonio Marquina

Director UNISCI, Universidad Complutense de Madrid

La presidencia española de la Unión Europea en el primer semestre de 2010 tiene unos retos innegables en el campo de la seguridad y defensa europea.

En primer término porque hay que renovar no sólo el concepto estratégico de la OTAN, que se anuncia complicado, sino también, dependiendo de lo que el nuevo concepto estratégico diseñe, habrá que hacer una revisión del documento “Una Europea Segura en un mundo mejor”, definido de forma poco convincente como una estrategia europea de seguridad.

Conviene recordar que este documento se acabó aprobando en diciembre de 2003 en pleno apogeo del unilateralismo estadounidense y donde Estados Unidos aparecía como la superpotencia dominante que establecía y determinaba el orden internacional. En este contexto se pueden entender las pretensiones de este documento orientado no a los retos de una competición entre Estados en un sistema multilateral, sino, en general, a los retos de las amenazas no tradicionales y la seguridad humana. Se sobreentendía que Estados Unidos imponía el orden y era quien daba estabilidad al sistema internacional.

La cuestión es que la Unión Europea tiene que reconsiderar su posición. El sistema internacional se ha vuelto mucho más complejo y competitivo y la Unión Europea, se nos dice, ha de ser uno de los actores que defina y dé sentido al nuevo multilateralismo. En otras palabras, el orden internacional con poderes duros y blandos está en proceso de redefinición y la Unión Europea no puede jugar a ser un mero actor civil o un poder normativo o a poner como objetivo la seguridad humana desentendiéndose de los equilibrios y reconfiguraciones globales y regionales del sistema internacional que están en curso.

Constituye una literatura atrayente tratar de definir el papel de la Unión Europea como ancla de estabilidad. La cuestión es que la Unión Europea por sí sola, se ha mostrado incapaz de estabilizar su vecindario, estabilidad que tendría que dimanar de una situación de seguridad regional.

Además, lo que la Unión Europea necesita es explicitar las garantías de seguridad que está dispuesta a dar no sólo a sus miembros,- dentro y fuera del contexto de la OTAN-, en primer término a los antiguos Estados ocupados por la Unión Soviética, que son ahora miembros de la Unión y que consideran todavía a Rusia como un actor de alto riesgo, en segundo lugar a los Estados de la Unión del sur y este del Mediterráneo que se ven afectados de forma especial por la conflictividad endémica de Oriente Medio, la inestabilidad política y económica, y la ampliación del espacio de seguridad mediterráneo que incluye ya prácticamente al Golfo Pérsico, sino también definir las garantías de seguridad y reaseguros que la Unión puede dar a su complejo vecindario.

En otro orden, la Unión Europea ha de definir con claridad sus intereses saliendo del juego angelical de considerarse un actor global por encima de sospecha y que puede dedicarse a la promoción de los derechos de los demás porque es un actor creíble que no defiende sus propios intereses porque no los tiene. Siguiendo esta lógica, viene a resultar que los Estados europeos sí tendrían intereses a defender en clara competencia con terceros, pero no la Unión Europea como actor regional y global. Esto, por otra parte, ya no es defendible en cuanto se apruebe el tratado de Lisboa.

En consecuencia, la primera labor de la Presidencia española es empezar a clarificar el campo y disipar la niebla. La política internacional existe y el esfuerzo de acomodo de intereses a nivel regional con Rusia y con los Estados del sur y este del Mediterráneo, debe de ir acompañado de una reflexión sobre los límites que pueden existir en un mundo cada vez más competitivo y que tiene que consolidarse y conformarse como un mundo multilateral, donde los elementos de choque de intereses y de disuasión no se pueden excluir y donde la Unión Europea también tendrá que ejercer un papel de liderazgo no meramente humanitario o de potencia civil, si no quiere acabar siendo irrelevante.

Y ya que hablamos de actor global, la Unión Europea tiene que decir qué pretende hacer para su propia seguridad y defensa en otras áreas regionales que están en plena ebullición y donde en este momento tiene concentrado Estados Unidos- no los Estados de la Unión Europea- su poder militar. Si Estados Unidos acaba implicándose militarmente en estas otras zonas, con dificultad los Estados de la Unión Europea y la propia Unión Europea quedarán al margen, si el compromiso viene respaldado por la legalidad internacional o hay que realizar una creíble labor de disuasión.

UNISCI

Y simultáneamente la Unión Europea tiene que tener en cuenta los posibles escenarios estratégicos resultantes de la crisis financiera y económica internacional.

Como también tiene que empezar a plantear con seriedad los posibles escenarios estratégicos dimanantes de las consecuencias del calentamiento global. El presidente español ha hablado recientemente de consecuencias devastadoras del calentamiento global, asunto que claramente compartimos y sobre el que la presidencia española habrá de hacer una contribución sólida y movilizar a la Unión, también en planteamientos, escenarios y medidas de seguridad regional y global.

Pero todo esto supone una visión bastante homogénea de 27 Estados. Aquí hay un campo amplio de trabajo para la presidencia española. Ser un Estado medio como España puede tener sus ventajas. La cuestión es que España tiene definidos unos intereses estratégicos esencialmente dirigidos al Mediterráneo que no suscitan entusiasmo en bastantes países. Tampoco España aparentemente tiene un peso específico para liderar consensos en política de defensa común, pero podría intentar conseguir algunos consensos suficientemente amplios que limiten las tentaciones a la formación de directorios en esta materia. Este es un problema que hay que afrontar con seriedad pues los mínimos comunes denominadores no serán de recibo en un sistema internacional que condena a la Unión Europea a la irrelevancia si no es capaz de contribuir a su conformación, independientemente de que ya existen incentivos en el propio tratado de Lisboa para marchar en esta dirección. Ni Francia, ni Alemania, ni siquiera Italia, dejando de lado el Reino Unido que ya lo ha dicho claramente por boca del partido conservador, van a consentir que sus intereses queden lastrados por visiones y consideraciones postmodernas de seguridad que tenían su posible fundamento en el poder incontestable de Estados Unidos o incluso por una torre de Babel de visiones diferenciadas. Este no es un problema menor. Los medios para la realización de una arquitectura de seguridad europea convincente todavía no se han puesto todos sobre la mesa. Europa ha vivido y sigue viviendo de rentas ajenas. Veremos hasta cuándo Estados Unidos y la OTAN resultante están dispuestos a seguir con esta liberalidad. Y habrá que evaluar los resultados y los límites de la realista política de diálogo diplomático, desarme y resolución de conflictos que el presidente Obama ha puesto sobre la mesa. De momento es una incógnita que todos deseáramos que se despejase de forma ampliamente positiva.

He aquí un amplio campo en el que la presidencia española tiene que empeñarse si quiere ser realmente innovadora. La tarea no es sencilla.